

que se creían favorecidos los fundadores de las órdenes religiosas, no pasaran de pura ilusión, nada tendrían adelantado los adversarios para achacar á la Iglesia católica la nota de fanatismo. Por de pronto ya se echa de ver que en lo tocante á visiones de un particular, mientras se circunscriban á la esfera individual, podrá haber allí ilusión, y si se quiere fanatismo; pero no será el fanatismo dañoso á nadie, y nunca alcanzará á acarrear trastornos á la sociedad. Que una pobre muger se crea favorecida con particulares beneficios del cielo; que se figure oír con frecuencia la palabra de la Virgen; que se imagine que confabula con los ángeles que le traen mensajes de parte de Dios; todo esto podrá excitar la credulidad de unos y la mordacidad de otros, pero á buen seguro que no costará á la sociedad ni una gota de sangre, ni una sola lágrima.

Y los fundadores de las órdenes religiosas ¿qué muestras nos dan de fanatismo? aun cuando prescindieramos del profundo respeto que se merecen sus virtudes, y de la gratitud con que debe corresponderles la humanidad por los beneficios inestimables que le han dispensado; aun cuando diéramos por supuesto que se engañaron en todas sus inspiraciones; podríamos apellidarlos *ilusos*, mas no *fanáticos*. En efecto, nada encontramos en ellos ni de frenesí, ni de violencia; son hombres que desconfían de sí mismos, que á pesar de creerse llamados por el cielo para algun grande objeto, no se atreven á poner manos á la obra sin haberse postrado antes á los piés del sumo Pontífice, sometiendo á su juicio las reglas en que pensaban cimentar la nueva orden, pidiéndole sus luces, sujetándose dócilmente á su fallo, y no realizando nada sin haber obtenido su licencia. ¿Qué semejanza hay pues de los fundadores de las órdenes religiosas con esos fanáticos que arrastran en pos de sí una muchedumbre de furibundos, que matan, destruyen por todas partes, dejando por do quiera regueros de sangre y de ceniza? En los fundadores de las órdenes religiosas vemos á un hombre que dominado fuertemente por una idea, se empeña en llevarla á cabo, aun á costa de los mayores sacrificios; pero vemos siempre una idea fija, desenvuelta en un plan ordenado, teniendo á la vista algun objeto altamente religioso y social; y sobre todo, vemos ese plan sometido al juicio de una autoridad, examinado con madura discusion, y enmendado, ó retocado segun parece mas conforme á la pru-

dencia. Para un filósofo imparcial, sean cuales fueren sus opiniones religiosas, podrá haber en todo esto mas ó menos ilusión mas ó menos preocupacion, mas ó menos prudencia y acierto, pero fanatismo, no, de ninguna manera, porque nada hay aquí que presente semejante carácter (12).

CAPITULO IX.

El fanatismo de secta, nutrido y avivado en Europa por la *inspiracion privada* del Protestantismo, es ciertamente una llaga muy profunda y de mucha gravedad; pero no tiene sin embargo un carácter tan maligno y alarmante como la incredulidad y la indiferencia religiosa: males funestos que las sociedades modernas tienen que agradecer en buena parte á la pretendida reforma. Radicados en el mismo principio que es la basa del Protestantismo, ocasionados y provocados por el escándalo de tantas y tan extravagantes sectas que se apellidan cristianas, empezaron á manifestarse con síntomas de gravedad ya en el mismo siglo XVI. Andando el tiempo llegaron á estenderse de un modo terrible, filtrándose en todos los ramos científicos y literarios, comunicando su espresion y sabor á los idiomas, y poniendo en peligro todas las conquistas que en pro de la civilizacion y cultura habia hecho por espacio de muchos siglos el linage humano.

En el mismo siglo XVI, en el mismo calor de las disputas y guerras religiosas encendidas por el Protestantismo, cundia la incredulidad de un modo alarmante; y es probable que seria mas comun de lo que aparentaba, pues que no era fácil quitarse de repente la máscara, cuando poco antes estaban tan profundamente arraigadas las creencias religiosas. Es muy verosímil que andaria disfrazada la incredulidad con el manto de la reforma; y que ora alistándose bajo la bandera de una secta, ora pasando á la de otra, trataria de enflaquecerlas á todas para levantar su trono sobre la ruina universal de las creencias.

No es necesario ser muy lógico para pasar del Protestantismo al Deísmo; y de este al Ateísmo no hay mas que un paso: y es

imposible que al tiempo de la aparición de los nuevos errores, no hubiese muchos hombres reflexivos que desenvolviesen el sistema hasta sus últimas consecuencias. La religion cristiana, tal como la conciben los protestantes, es una especie de sistema filosófico mas ó menos razonable; pues que examinada á fondo pierde el carácter de divina; y en tal caso ¿cómo podrá señorear un ánimo que á la reflexion y á las meditaciones reuna espíritu de independencia? Y á decir verdad, una sola ojeada sobre el comienzo del Protestantismo, debia de arrojar hasta al escepticismo religioso á todos los hombres que no siendo fanáticos, no estaban por otra parte aferrados con el áncora de la autoridad de la Iglesia: porque tal es el lenguaje y la conducta de los corifeos de las sectas, que brota naturalmente en el ánimo una vehemente sospecha de que aquellos hombres se burlaban completamente de todas las creencias cristianas; que encubrian su ateísmo ó indiferencia, asentando doctrinas estrañas que pudieran servir de enseña para reunir prosélitos; que estendian sus escritos con la mas insigne mala fé, encubriendo el pérfido intento de alimentar en el ánimo de sus secuaces el fanatismo de secta.

Esto es lo que dictaba al padre del célebre *Montagne* el simple buen sentido, pues aunque solo alcanzó los primeros principios de la Reforma, sabemos que decia: "este principio de enfermedad degenerará en un execrable ateísmo;" testimonio notable cuya conservacion debemos á un escritor que por cierto no era apocado ni fanático: á su hijo *Montagne*. (*Ensayos de Montagne l. 2 c. 12*). Tal vez no presagiaría ese hombre que con tanta cordura juzgaba la verdadera tendencia del Protestantismo, que fuese su hijo una confirmacion de sus predicciones; porque es bien sabido que *Montagne* fué uno de los primeros escépticos que figuraron con gran nombradía en Europa. Por aquellos tiempos era menester andar con cuidado en manifestarse ateo ni indiferente, aun entre los mismos protestantes; pero aun cuando sea fácil sospechar que no todos los incrédulos tendrían el atrevimiento de Gruet, por cierto que no ha de costar trabajo el dar crédito al célebre toledano Chacon, cuando al empezar el último tercio del siglo XVI, decia que "la heregía de los ateístas, de los que nada creen, andaba muy válida en Francia y en otras partes."

Seguian acupando la atención de todos los sabios de Europa

las controversias religiosas, y entretanto la gangrena de la incredulidad avanzaba de un modo espantoso; por manera que al promediar el siglo XVI se conoce que el mal se presentaba bajo un aspecto alarmante. ¿Quién no ha leído con asombro los profundos pensamientos de Pascal, sobre la indiferencia en materias de religion? ¿quién no ha percibido en ellos aquel acento conmovido, que nace de la viva impresion causada en el ánimo por la presencia de un mal terrible?

Se conoce que á la sazón estaban ya muy adelantadas las cosas, y que la incredulidad se hallaba ya muy cercana á poder presentarse como una escuela que se colocara al lado de las demas que se disputaban la preferencia en Europa. Con mas ó menos disfraz, habíase ya presentado desde mucho tiempo en el Socinianismo; pero esto no era bastante, porque el Socinianismo llevaba al menos el nombre de una secta religiosa, y la irreligion empezaba á sentirse demasiado fuerte para que no pudiera apellidarse ya con su propio nombre.

El último tercio del siglo XVII, nos presenta una crisis muy notable, con respecto á la religion: crisis que tal vez no ha sido bien reparada, pero que se dió á conocer por hechos muy palpables. Esta crisis fué un cansancio de las disputas religiosas marcada en dos tendencias diametralmente opuestas, y sin embargo, muy naturales: *la una hácia el Catolicismo, la otra hácia el Ateísmo*.

Bien sabido es cuánto se habia disputado hasta aquella época sobre la religion; las controversias religiosas eran el gusto dominante, bastando decir que no formaban solamente la ocupacion favorita de los eclesiásticos, así católicos como protestantes; sino tambien de los sabios seculares; habiendo penetrado esa afición hasta en los palacios de los príncipes y reyes. Tanta controversia debia naturalmente descubrir el vicio radical del Protestantismo; y no pudiendo mantenerse firme el entendimiento en un terreno tan resbaladizo, habia de esforzarse en salir de él, ó bien llamando en su apoyo el principio de la autoridad, ó bien abandonándose al ateísmo ó á una completa indiferencia. Estas dos tendencias se hicieron sentir de una manera nada equívoca; y así es, que mientras Bayle creia la Europa bastante preparada para que pudiera abrirse ya en medio de ella una cátedra de incredulidad y de escepticismo, se habia entablado seria y anima-

da correspondencia para la reunion de los disidentes de Alemania al gremio de la Iglesia católica.

Conocidas son de todos los eruditos las contestaciones que mediaron entre el luterano Molano, abate de Lockum; y Cristóbal obispo de Tyna, y despues de Neustad; y para que no faltase un monumento del carácter grave que habian tomado las negociaciones, se conserva aun la correspondencia motivada por este asunto, entre dos hombres de los mas insignes que se contaban en Europa en ambas comuniones: *Bossuet* y *Leibnitz*. No habia llegado aun el feliz momento; y consideraciones políticas que debieran desaparecer á la vista de tamaños intereses, ejercieron maligna influencia sobre la grande alma de Leibnitz, para que no conservara en el curso de la discusion y de las negociaciones aquella sinceridad y buena fé, y aquella elevacion de miras con que al parecer habia comenzado. Aunque no surtiese buen efecto la negociacion, el solo haberse entablado indica ya bastante que era muy grande el vacío descubierto en el Protestantismo, cuando los dos hombres mas célebres de su comunión, Molano y Leibnitz, se atrevian ya á dar pasos tan adelantados: y sin duda debian de ver en la sociedad que los rodeaba abundantes disposiciones para la reunion al gremio de la Iglesia, pues no de otra manera se hubieran comprometido en una negociacion de tanta importancia.

Alléguese á todo esto la declaracion de la universidad luterana de Helmstad en favor de la religion católica, y las nuevas tentativas hechas á favor de la reunion por un príncipe protestante que se dirigió al Papa Clemente XI; y tendremos vehementes indicios que la Reforma se sentia ya herida de muerte; y que si obra tan grande hubiese Dios querido que tuviera alguna apariencia de depender en algo de la mano del hombre, tal vez no fuera ya entonces imposible que á fuerza de la conviccion que de lo ruinoso del sistema protestante se habian formado sus sabios mas ilustres, se adelantase no poco para cicatrizar las llagas abiertas á la unidad religiosa por los perturbadores del siglo XVI.

Pero el Eterno en la altura de sus designios lo tenia destinado de otra manera; y permitiendo que la corriente de los espíritus tomase la direccion mas estraviada y perversa, quiso castigar al hombre con el fruto de su orgullo. No fué la propension

á la unidad la que dominó en el siglo inmediato, sino el gusto por una filosofía escéptica, indiferente con respecto á todas las religiones, pero muy enemiga en particular de la católica. Cabalmente á la sazón se combinaban influencias muy funestas para que la tendencia hácia la unidad pudiese alcanzar su objeto; eran ya innumerables las fracciones en que se habian dividido y subdividido las sectas protestantes: y esto si bien es verdad que debilitaba al Protestantismo, sin embargo, estando él como estaba difundido por la mayor parte de Europa, habia inoculado el gérmen de la duda religiosa en la sociedad europea; y como no quedaba ya verdad que no hubiera sufrido ataques, ni cabia imaginar error ni desvarío que no tuviera sus apóstoles y prosélitos, era muy peligroso que cundiera en los ánimos aquel cansancio y desaliento, que viene siempre en pos de los grandes esfuerzos hechos inútilmente para la consecucion de un objeto, y aquel fastidio que se engendra con interminables disputas y chocantes escándalos.

Para colmo de infortunio, para llevar al mas alto punto el cansancio y fastidio, sobrevino una nueva desgracia que produjo los mas funestos resultados. Combatian con gran denuedo y con notable ventaja los adalides del Catolicismo contra las innovaciones religiosas de los protestantes: las lenguas, la historia, la critica, la filosofía, todo cuanto tiene de mas precioso, de mas rico y brillante el humano saber, todo se habia desplegado con el mayor aparato en esa gran palestra; y los grandes hombres que por do quiera se veian figurar en los puestos mas avanzados de los defensores de la Iglesia católica, parecian consolarla algun tanto de las lamentables pérdidas que le habian hecho sufrir las turbulencias del siglo XVI. Cuando he aquí, que mientras estrechaba en sus brazos á tantos hijos predilectos que se gloriaban de este nombre, notó con pasmosa sorpresa que algunos de estos se le presentaban en ademan hostil, bien que solapado; y al través de palabras mal encubiertas, y de una conducta mal disfrazada, no le fué difícil reparar que trataban de herirla con herida de muerte. Protestando siempre la sumision y la obediencia, pero sin someterse ni obedecer jamás; resistiendo siempre á la autoridad de la Iglesia, ensalzando empero de continuo esa misma autoridad y su origen divino; encubriendo sagazmente el odio á todas las leyes é instituciones existentes, con la apariencia del celo

por el restablecimiento de la antigua disciplina; zapando los cimientos de la moral, al paso que se mostraban entusiastas encañecidos de su pureza; disfrazando con falsa humildad y afectada modestia, la hipocresía y el orgullo, llamando firmeza á la obstinacion, y entereza de conciencia á la ceguedad refractaria, presentaban esos rebeldes el aspecto mas peligroso que jamas habia presentado heregía alguna; y sus palabras de miel, su estudiado candor, el gusto por la antigüedad, el brillo de erudicion y de saber, hubieran sido parte á deslumbrar á los mas avisados, si desde un principio no se hubiesen distinguido ya los novadores con el carácter eterno é infalible de toda secta de error: *el odio á la autoridad.*

Luchaban empero de vez en cuando con los enemigos declarados de la Iglesia, defendian con mucho aparato de doctrina la verdad de los sagrados dogmas, citaban con respeto y deferencia los escritos de los Santos Padres, manifestaban acatar las tradiciones y venerar las decisiones conciliares y pontificias; y teniendo siempre la estraña pretension de apellidarse católicos, por mas que lo desmintieran con sus palabras y conducta, no abandonando jamas la peregrina ocurrencia que tuvieron desde su principio de negar la existencia de su secta, ofrecian á los incautos el funesto escándalo de una disension dogmática, que parecia estar en el mismo seno del Catolicismo. Declarábalos hereges la Cabeza de la Iglesia; todos los verdaderos católicos acataban profundamente la decision del Vicario de Jesucristo, y de todos los ángulos del orbe católico se levantaba unánimemente un grito que pronunciaba anatema contra quien no escuchara al sucesor de Pedro; pero ellos empeñados en negarlo todo, en eludirlo todo, en tergiversarlo todo, mostrábanse siempre como una porcion de católicos oprimidos por el espíritu de *relajacion, de abusos y de intriga.*

Faltaba ese nuevo escándalo para que acabasen de estraviarse los ánimos, y para que la gangrena fatal que iba cundiendo por la sociedad europea, se desarrollase con la mayor rapidez, presentando los síntomas mas terribles y alarmantes. Tanto disputar sobre la religion, tanta muchedumbre y variedad de sectas, tanta animosidad entre los adversarios que figuraban en la arena, debieron por fin disgustar de la religion misma á aquellos que no estaban aferrados en el áncora de la autoridad; y para que la in-

diferencia pudiera erigirse en sistema, el ateismo en dogma, y la impiedad en moda, solo faltaba un hombre bastante laborioso para recoger, reunir y presentar en cuerpo, los infinitos materiales que andaban dispersos en tantas obras; que supiera bañarlos con un tinte filosófico acomodado al gusto que empezaba á cundir entonces, comunicando al sofisma y á la declamacion aquella fisonomía seductora, aquel giro engañoso, aquel brillo deslumbrador, que aun en medio de los mayores extravíos, se encuentran siempre en las producciones del genio. Este hombre se presentó: era *Bayle*: y el ruido que metió en el mundo su célebre *Diccionario*, y el curso que tuvo desde luego, manifestaron bien á las claras que el autor habia sabido comprender toda la oportunidad del momento.

El Diccionario de Bayle, es una de aquellas obras, que aun prescindiendo de su mayor ó menor mérito científico y literario, forman no obstante muy notable época; porque se recoge en ellas el fruto de lo pasado, y se desenvuelven con toda claridad los pliegues de un estenso porvenir. En tales casos no figura el autor tanto por su mérito, como por haberse sabido colocar en el verdadero puesto para ser el representante de ideas que de antemano estaban ya muy esparcidas en la sociedad, por mas que anduvieran fluctuantes, sin direccion fija, como marchando al acaso. El solo nombre del autor recuerda entonces una vasta historia, porque él es la personificacion de ella. La publicacion de la obra de Bayle, puede mirarse como la inauguracion solemne de la cátedra de incredulidad en medio de Europa. Los sofistas del siglo XVIII tuvieron á la mano un abundante repertorio para proveerse de toda clase de hechos y argumentos; y para que nada faltase, para que pudieran rehabilitarse los cuadros envejecidos, avivarse los colores anublados, y esparcirse por do quiera los encantos de la imaginacion y las agudezas del ingenio; para que no faltara á la sociedad un director que la condujera por un sendero cubierto de flores hasta el borde del abismo, apenas habia descendido Bayle al sepulcro, ya brillaba sobre el horizonte literario un mancebo cuyos grandes talentos competian con su malignidad y osadía: era *Voltaire.*

Necesario ha sido conducir al lector hasta la época que acabo de apuntar, porque tal vez no se hubiera imaginado la influencia que tuvo el Protestantismo en engendrar y arraigar en Europa

la irreligion, el ateísmo, y esa indiferencia fatal que tantos daños acarrea á las sociedades modernas. No es mi ánimo el tachar de impíos á todos los protestantes; y reconozco gustoso la entereza y teson con que algunos de sus sabios mas ilustres, se han opuesto al progreso de la impiedad. No ignoro que los hombres adoptan á veces un principio cuyas consecuencias rechazan, y que entonces seria una injusticia el colocarlos en la misma clase de aquellos que defienden á las claras esas mismas consecuencias; pero tambien sé que por mas que se resistan los protestantes á confesar que su sistema conduzca al ateísmo, no deja por ello de ser muy cierto: pueden exigirme que yo no culpe en este punto sus intenciones, mas no quejarse de que haya desenvuelto hasta las últimas consecuencias su principio fundamental, no desviándome nunca de lo que nos enseñan acordes la filosofía y la historia.

Bosquejar ni siquiera rápidamente lo que sucedió en Europa desde la época de la aparición de Voltaire, seria trabajo por cierto bien inútil, pues que son tan recientes los hechos y andan tan vulgares los escritos sobre esa materia, que si quisiera entrar en ella, difícilmente podria evitar la nota de copiante. Llenaré pues, mas cumplidamente mi objeto, presentando algunas reflexiones sobre el estado actual de la religion en los dominios de la pretendida Reforma.

En medio de tantos sacudimientos y trastornos, en el vértigo comunicado á tantas cabezas, cuando han vacilado los cimientos de todas las sociedades, cuando se han arrancado de cuajo las mas robustas y arraigadas instituciones, cuando la misma verdad católica solo ha podido sostenerse con el manifiesto auxilio de la diestra del Omnipotente, fácil es calcular cuán mal parado debe de estar el flaco edificio del Protestantismo expuesto como todo lo demás á tan recios y duraderos ataques.

Nadie ignora las innumerables sectas que hormiguean en toda la estension de la Gran Bretaña, la situación deplorable de las creencias entre los protestantes de Suiza, aun con respecto á los puntos mas capitales; y para que no quedase ninguna duda sobre el verdadero estado de la religion protestante en Alemania, es decir, en su pais natal, en aquel pais donde se habia establecido como en su patrimonio mas predilecto, el ministro protestante Baron de Starch ha tenido cuidado de decirnos, que en *Alemania* no

hay ni un solo punto de la fé cristiana que no se vea atacado abiertamente por los mismos ministros protestantes. Por manera que el verdadero estado del Protestantismo me parece viva y exactamente retratado en la peregrina ocurrencia de J. Heyer, ministro protestante: publicó J. Heyer en 1818 una obra que se titula: *Ojeada sobre las confesiones de fé*, y no sabiendo cómo desentenderse de los embarazos que para los protestantes presenta la adopcion de un símbolo, propone un espediente muy sencillo; que por cierto allana todas las dificultades, y es, *deshecharlos todos*.

El único medio que tiene de conservarse el Protestantismo, es falsear en cuanto le sea posible su principio fundamental: es decir, apartar á los pueblos de la via de exámen, haciendo que permanezcan adheridos á las creencias que se les han trasmitido con la educacion, y no dejándoles que adviertan la inconsecuencia en que caen, cuando se someten á la autoridad de un simple particular, mientras resisten á la autoridad de la Iglesia católica. Pero no es este cabalmente el camino que llevan las cosas, y por mas que tal vez se propusieran seguirle algunos de los protestantes, las solas sociedades bíblicas que con un ardor digno de mejor causa trabajan por estender entre todas las clases la lectura de la Biblia, son un poderoso obstáculo para que no pueda adormecerse el ánimo de los pueblos. Esta difusion de la Biblia es una perenne apelacion al exámen particular, al espíritu privado: ella acabará de disolver lo que resta del Protestantismo, bien que al propio tiempo prepara tal vez á las sociedades dias de luto y de llanto. No se ha ocultado todo esto á los protestantes, y algunos de los mas notables entre ellos han levantado ya la voz y advertido del peligro (13).

CAPITULO X.

QUEDANDO demostrada hasta la evidencia la intrínseca debilidad del Protestantismo, ocurre naturalmente una cuestion: cómo es que siendo tan flaco por el vicio radical de su constitucion